soy de ese ejército que me aclama, mio es ese pueblo que me rodea! . . .

Luego volviendo una mirada hácia los papeles que estaban sobre el bufete, murmuró:

—Imbéciles! . . . creen que un pueblo á luchado diez años para entregarse en las manos de sus verdugos . . · ¡aclamar á Fernando VII! . . . miserables! es la última ofensa que podian hacernos . . . yo he trazado ese nombre para hollarle despues, para escarnecerle! . . . cederle un trono que el pueblo me ofrece, arrojar á sus piés la corona . . . nunca! . . . nunca! . . .

Aquel hombre se alzaba mas alto que su ambicion.

—Yo he combatido á los insurgentes, y sus sombras me rodean en este supremo instante! . . . Hidalgo! . . . Allende! . . . Matamoros! . . . Bravo! . . . todos vosotros, los que caiste al golpe de nuestras armas, perdon! . . . perdon! . . . las luces de esta gloria que me rodea son todas vuestras . . . . yo soy el usurpador de vuestra herencia; pero no entregaré á vuestros hijos al yugo de los conquistadores!

Cubriose el rostro con las manos, y en la óptica de sus recuérdos, atravesó la sangrienta historia de tantos años de sangre y de combates.

La frente del héroe brotó en sudor de congoja y su pecho se ajitaba terriblemente.

—Dios mio! . . . Dios mio! ese trono está formado con los huesos de los mártires! . . . es una impiedad apoderarme de él, es un sacrilejio!

Dejose oir un golpe de música seguido de aclamaciones entusiastas.

—Me llaman! esclamó reponiéndose de su vértigo, el pueblo acude, la fortuna bate sus alas sobre mi cabeza, he trinufado! he triunfado!

CAPITULO XIII.

La leyenda de las tres esmeraldas.

I.

El ejército trigarante estaba al frente de la Capital.

Hacia trescientos años que el mas sublime de los aventureros del siglo XVI, sitiaba la gran Tenoxtitlan, donde agonizaba el último resto de ejército mexicano.

La escena habia cambiado despues de tres siglos, los conquistadores eran á su vez vencidos por los conquistados, y estaban en el último reducto.

Las plazas, los castillos, las ciudades y los pueblos, todo habia caido en poder de los insurgentes: solo faltaba el corazon de la antigua colonia, cuya arteria estaba abierta.

El destino realizaba la mas brillante de las metamórfosis.

Para los americanos no llegarian las sombras aciagas de la *noche triste*.

Mientras Iturbide firmaba lo tratados de Córdova con O-Donojú, las tropas vencedoras de la insurgencia circundaban á la capital.

Nada mas alegre que el campamento de los independientes:

cuando la victoria sacude sus alas sobre un ejército, un íris de esperanza se tiende en el cielo, y nadie recuerda que la muerte puede pasear con sus pendones por aquellos campos.

En una de las casucas de un pueblito cercano á la capital, estaba el coronel Piedra-Santa tomando sombra, y sus guerrillas se disponian á reconocer los lugares inmediatos, porque los realistas hacian salidas continuas de la plaza.

Novella, aquel virey de última hora, deseaba sostenerse á todo trance, desconociendo la autoridad de O-Donojú, que como hemos visto se habia adherido á la causa de la independencia.

Deciamos que don Alfonso estaba descansando, cuando se le presentó José de la Luz, aquel asistente tan fiel y adicto á su persona.

José de la Luz era ya subteniente, cuando otros que habian trabajado menos portaban divisas de coroneles.

Cierto es que José no sabia leer, pero esto no importaba en aquellos tiempos en que era mas útil esgrimir la espada que manejar la pluma.

—Mi coronel está muy triste, dijo el asistente.

—Te engañas José, contestó don Alfonso, nunca he estado mas alegre, la hora de la libertad se acerca, y con ella la de mi descanso.

—Lo dice usted con un tono . . .

—Me he sacrificado por la libertad de mi patria, y estoy satisfecho.

—Sin embargo, tenemos una cuenta pendiente.

—No te has olvidado.

—Demonio! si tengo presente á ese hombre á todas horas; haber asesinado á Vildo y causado á la familia tantos pesares...

—Es verdad, dijo Piedra-Santa, y plegó el ceño como si aquel recuerdo fuera un puñal que le hiriera el corazon.

—Yo no me separaré jamas de mi coronel, porque ese miserable ha jurado matar á usted, y es capaz de cumplirlo.

—Dios me lo ponga delante! gritó don Alfonso, estoy ansioso

de su sangre, con él quiero cobrar la hiel de mis desventuras . . . pero él no es culpable, obedece al destino, y nada mas! . . .

—Yo creo señor, que ya no volveremos á tener otro encuentro; porque la ciudad se rinde el dia menos pensado.

—No puede ser . . . estoy seguro que falta una batalla, y que ha de ser terrible.

—Lo deseo, porque tengo en el corazon que ese hombre ha de ser mio.

—Ya veremos, entre tanto marcha de avanzada por si alguien viene á inquietarnos.

—Con permiso, mi coronel.

En aquellos momentos se escucharon varios tiros y rumor de voces y carreras.

—Mi caballo, gritó Piedra-Santa.

José de la Luz salió corriendo, y presentó en seguida el caballo al coronel, que poniendo mano á su espada, salió en busca de sus soldados.

II.

Los realistas habian avanzado hasta las orillas del pueblo de Tacuba.

Los insurgentes lanzaron sus guerrillas sobre las avanzadas enemigas, y se trabó desde luego una escaramuza.

La caballería realista engrosó sus guerrillas, los insurgentes acudieron al lugar del encuentro, y comenzó una batalla en toda forma.

El general Bustamante, que no pensaba atacar en aquel punto á los realistas, intentó retirar las fuerzas, pero los insurgentes se lanzaron como desesperados, desalojaron á los realistas de un puente, y ya no habia mas que aceptar la situacíon.

Replegóse el enemigo á Tacuba.

Los insurgentes reconocieron los puntos inmediatos, cuando los realistas salidos de México alcanzaron la retaguardia en el puente llamado de Careaga, donde comenzó otra accion.

Las guerrillas de Sierra de Guanajuato, Príncipe, Frontera, Granaderos de la Corona y primero Americano, reforzados por una de San Luis, dieron una carga á la bayoneta, continuando sin interrupcion, hasta lograr que el enemigo se replegase en Atzcapozalco, donde tomó posesiones.

En medio de aquel espantoso fuego, y cuando las caballerías se encontraron en el choque del arma blanca, Piedra-Santa y Jacinto Castaños se vieron frente á frente.

El demonio del rencor sopló con furia sobre aquellas almas, y la venganza y el ódio hizo estremecer el corazon de aquellos hombres que se detestaban á muerte.

—Nos encontramos al fin! grito don Aifonso.

Sí, esclamó con voz ronca Castaños, y vas á morir entre mis brazos.

A aquellas palabras siguieron dos disparos simultáneos y á quemaropa.

Disipose el humo, y ambos aparecieron terribles como la desesperacion.

Un segundo disparo se confundió entre el estruendo de la batalla.

Piedra-Santa se bamboleó en el caballo, dos balas le habian hecho una profunda caverna en el corazon por donde salia un mar de sangre.

Vaciló algunos instantes, y se desplomó del caballo, que echó á correr asustado por las detonacions de la artillería.

Acercose Castaños al cadáver ensangrentado, y rechinando sus dientes de furor y sacudiendo la sudorosa cabellera, dió un alarido salvaje, un grito de Satanas.

—La última sangre! gritó, la última vertida por mis manos; ya nadie queda de mi raza, aquí está la última *esmeralda*; yo burlaré las predicciones; y azotando con furia su caballo, tornó á mezclarse entre sus soldados que se batian en retirada.

José de la Luz habia visto á lo lejos aquel duelo singular; en vano quiso acudir en defensa de Piedra-Santa, el campo estaba obstruido, y cuando pudo llegar al sitio, solo encontró el cadáver de su coronel.

Aquel hombre no derramó una lágrima, no dijo una palabra, arrodillose, besó la frente helada del muerto, y gritando despues: viva el rey! ¡mueran los insurgentes! se entró en las filas de sus jurados enemigos.

Llegó la noche.

El cielo se habia entoldado y la tempestad estallaba con furor.

Los insurgentes se habian retirado de las inmediaciones de Aztcapotzalco, y los realistas tenian un momento de respiro.

José de la Luz estaba en la torre con los soldados que mandaba Castaños.

Cuando los rijías anunciaron la retirada del enemigo las fuerzas españolas comonzaron á desfilar rumbo á la capital.

Luego que llegó su turno al destacamento de la torre, Castaños ordenó el desfile, quedándose á retagurdia para que no se ocultase alguno de sus soldados.

José de la Luz estaba en el dintel de la escalera cuando Jacinto puso el pié en el primer escalon.

—Alto, dijo el insurgente, poniéndole dos pistolas al pecho.

Jacinto no preveia aquel lance, y permaneció estático con la sorpresa

Dos soldados de la escolta de Piedra-Santa que acompañaban á José y estaban en el secreto, se arrojaron sobre el asesino, y lo ataron fuertemente por los brazos.

—El vaticinio se realiza, murmuró Jacinto: *"el último de las generaciones que llegue á reunir las tres esmeraldas, asistirá á la última de las batallas, y morirá en la noche que preceda á ese gran dia de la independencia de México."*

Los insurgentes creyeron que Castaños rezaba.

—Haces bien, dijo José de la Luz, porque vas á morir.

En seguida ató una cuerda al cuello de aquel desgraciado, poniendo el estremo en la barandilla de la torre.

Jacinto no suplicaba, sabia que su muerte era inevitable, y estaba resignado.

Los soldados sacaron fuera de la torre á aquel hombre y lo lanzaron al espacio.

Con el peso corrió la lazada, y la estrangulacion fué momentánea: el cuerpo azotó fuertemente contra los muros.

Osciló unos momentos el cadáver, y despues tomó su reposo natural.

El rostro se puso amoratado, conservando el aspecto de fiereza que habia distinguido á aquel malvado.

Ultimo vástago de aquellos tres hombres que habian jurado venganza al pié del cadalso de Xicotencatl, cumplía con su mision al realizarse el horóscopo de la fatalidad!.

José de la Luz se precipitó por las tinieblas de la escalera seguido de sus compañeros, y se perdió en el silencio de la noche.

III.

Al dia siguiente las tropas de la insurgencia contemplaban un cadáver colgado á uno de los balaustrados de la torre de Aztcapotzalco, y que mostraba en su pecho desnudo *tres esmeraldas*.

IV.

Los caudillos todos de la insurreccion concurrieron al sitio de México, con el mismo entusiasmo que en los primeros dias de la revolucion.

La capital no tenia el aspecto de una ciudad sitiada: con escepcion de los europeos, todo el mundo respiraba júbilo, y el pueblo veia aparecer sobre el cielo de la patria la luz del astro que resplandecia en el horizonte.

Perdida la esperanza del triunfo, acudió esa sombra de gobierno á pedir la *extrema-uncion* á la iglesia.

Hiciéronse tríduos y rogativas, invocóse el poder del cielo con preces y procesiones; pero el cielo permaneció sordo á las súplicas.

La situacion era mas triste cada dia; las avanzadas se desertaban, los personajes salian prófugos y la desmoralizacion mas grande devoraba los últimos restos del gobierno colonial.

Un virey con los independientes, otro virey defendiendo la ciudad, otro mas destituido y protestando contra todo, presentaban el espectáculo de la disolucion mas completa.

El virey sitiado estaba perdido irremisiblemente; así es que el 11 de Setiembre, promovió una junta, y para salvarse de la derrota hizo la siguiente declaracion:

"Quedo satisfecho absolutamente por los despachos originales que he visto, de que el señor don Juan O-Donojú es capitan general y jefe político superior de estas provincias, nombrado por el rey, en cuya virtud lo reconozco como autoridad lejítima."

Aquella declaracion fué la entrega de la ciudad.

Novella, O-Donojú é Iturbide, celebraron una última conferencia, y la capital quedó á merced del ejército independiente.

El general Filisola al frente de cuatro mil insurgentes, tomó posesion de la capital, señalándose el 27 de Setiembre para la entrada triunfal del *Ejército trigarante.*

Arriado el estandarte de los Castillos y Leones, apareció nuestra bandera como un íris sobre el antiguo alcázar de Moctezuma.

V.

Sombras de nuestros mayores, mártires todos de la libertad americana, alzaos de vuestras tumbas al toque de *resurreccion* de vuestra patria!

Vosotros que habeis regado con vuestra sangre el campo infecundo de tres siglos, coronad vuestras frentes con las inmortales y siemprevivas de la victoria!

Tended vuestras alas como los génios tutelares de América; imprimidle ese sello de grandeza sublime que os acompañó resplandeciente en las hogueras del siglo XVI, y en los patíbulos del siglo XIX, y llevad intacta vuestra bandera á las generaciones del porvenir!

EPILOGO.

EL LIBRO ROJO.

Llego por fin el dia de la libertad de México. Once años de lucha, un mar de sangre, un océano de lágrimas.—Esto era lo que habia tenido que atravesar el pueblo para llegar desde el 16 de Setiembre de 1810 hasta el 27 de Setiembre de 1821.—16 y 27 de Setiembre, 1810 y 1821. Hé aquí los dos broches de diamantes que cierran ese libro de la historia en que se escribió la sublime epopeya de la independencia de México.

"Y cuánto patriotismo, cuánto valor, cuánta abnegacion habian necesitado los que dieron su sangre para que se inscribieran con ella sus nombres en ese gran libro!

"Pero el dia llegó; puro y trasparente el cielo, radiante y esplendoroso el sol, dulce y perfumado el ambiente.

"Aquel era el dia que alumbraba despues de una noche de trescientos años.

"Aquella era la redencion de un pueblo que habia dormido en el sepulcro tres siglos.